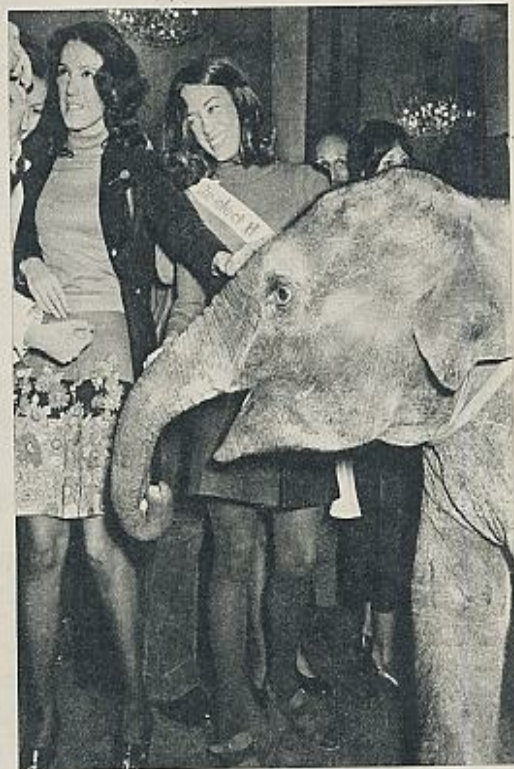


TODO estaba previsto. La «mayoría silenciosa» había sido movilizada y estaba dispuesta a ir a las urnas para defender el orden establecido. Quizá por ello la elección del Presidente de los Estados Unidos para un nuevo cuatrienio ha discurrido bajo un oscuro signo conformista. Nixon —que no ha nombrado ni una sola vez a McGovern en su campaña, generalmente confiada a sus colaboradores, quizá porque se sabe con poco «magnetismo» oratorio— se retiró a la Casa Blanca después de un discurso televisivo en el que volvió a decir que la paz de Vietnam estaba en la mano y que al país le esperaban cuatro años de prosperidad republicana. McGovern salió temprano a la Quinta Avenida y, con varias escalas aprovechadas para dar el último empujón a la campaña, llegó la noche del 6 a su Estado de Dakota, dispuesto a afrontar unos resultados que las encuestas profetizaban ruinosos para el Partido Demócrata. Todo se cumplió, y millones de muchachos que apoyaron a McGovern vieron rota, una vez más, la esperanza de cambiar el signo de la vida política norteamericana.

Muy temprano he ido al centro del Partido Demócrata de Greenwich Village. En la gran sala, repleta de mesas llenas de carteles y material de propaganda, los dos o tres ocupantes me han recibido con los brazos abiertos. Han creído que yo era un voluntario dispuesto a ayudarles a distribuir ese material. Cuando les he dicho que sólo quería mirar y enterarme, han impuesto a su hospitalidad un tono ligeramente melancólico. «¿De veras le gustaría a usted que ganase McGovern? ¿Tendría acaso esa victoria alguna influencia sobre la vida política española?». Y luego: «Si gana McGovern puede usted venir a la fiesta con que celebraremos la victoria. Aunque me temo que tendremos más ganas de llorar que de bailar».

No, no, en el Village, el barrio más progresista de Nueva York, nadie creía en la victoria de McGovern. Un muchacho rubio, de larga barba, paseaba desesperado el cartel con los muertos de Mi Lay y el texto «¿Cuatro años más?» por una de las calles de Village. La gente lo miraba con indiferencia y, cuando se sentó en un banco, dos viejas giraron la cabeza, como si acabaran de recibir a un vecino inoportuno. El gesto de aquel muchacho solitario alzando el cartel que nadie quería ver era un símbolo de las elecciones de este año. Una especie de nueva Estatua de la Libertad, infinitamente más paté-

UN MARTES EN NUEVA YORK



El asno de los demócratas se come simbólicamente al republicano Nixon. El partido del reelegido Presidente está simbolizado a su vez por un elefante.

tica que la antigua, pero contemplada con la misma indiferencia.

Estuve en Wall Street la víspera de las elecciones. Inútil hablar ahora del interés de la famosa calle neoyorquina, con sus lujosos Bancos, su Bolsa con fachada de parlamento y una iglesia ennegrecida, rodeada de un parque y de un pequeño cementerio. Desde la galería alta, situada detrás de los cristales, veía la gran sala, apenas agitada por el cambio de las cotizaciones. Todo respiraba una espera, tanto en función de la distinta política económica de quien ganara las elecciones como de la posible paz vietnamita. Allí estaban, en aquellas cifras del telex, en las cotizaciones impuestas a medio mundo, muchas de las claves de la historia

de nuestros días. De las guerras, de los regimenes políticos, de los muertos, de la paz, de los nacionalismos o de las humanitarias palabras de concordia.

Aparatos complicados y bellísimos explicaban el mecanismo de la Bolsa o nos recordaban los años y las compañías de los más hermosos dividendos. Acciones antiguas, de bellas viñetas, nos colocaban ante la empresa de los primeros ferrocarriles o la magia y el oportunismo mercantil de Edison. El que George Washington, el primer Presidente del país, tuviera una estatua en la misma calle era un acierto y hasta casi un acto de heroísmo poético y político, porque algo nos decía que pocos lugares como Wall Street podían expresar la sensibilidad pragmática de un importantísimo sector nacional.

Casi en las puertas de la Bolsa, demócratas y republicanos habían levantado sendos tenderetes. Como de costumbre, la propaganda nixoniana estaba sostenida por hombres de cierta edad y por muchachos con aspecto de empleados. A McGovern le defendía una actriz, incansable y precisa en el micrófono, rodeada de un grupo de estudiantes.

A menudo, los nixonianos y los mcgovernistas se enfrentaban con violencia polémica. Los primeros solían argumentar contra los riesgos que la blandura de McGovern traería al país. Los segundos replicaban, entre otras cosas, con el reparto de unos dólares de «pequeño formato», expresión de la devaluación sufrida por la moneda americana.

Se tenía la impresión de que los mcgovernistas eran los defen-



JOSE MONLEON

sores del capitalismo americano, aunque con un programa político que los integristas nixonianos consideraban socialmente peligroso y de consecuencias imprevisibles. Los debates tenían para mí ciertas resonancias familiares. Unos hablaban de orden a toda costa; otros, de libertad y proceso capitalista. Si al final ha ganado el integrismo es porque los intereses de los Estados Unidos en el mundo son de tal envergadura y la vida interior americana tiene tales problemas que la gendarmería ha podido más que la lógica del capitalismo liberal.

Estados Unidos parece hoy un país a la defensiva, en el que la inmovilidad es una imagen grata a los sectores que más temen la evolución. Vietnam, negros, portorriqueños, chicanos, paro, violencia..., son problemas que el «statu quo» consigue dominar de alguna manera. De eso hablaban los nixonianos de Wall Street, algunos con el nombre del Presidente escrito en hebreo sobre su solapa.

¿Pero y la guerra de Vietnam? ¿No parecía claro que Nixon tendría la paz en el bolsillo antes del 7 de noviembre? ¿No era ese el punto fundamental de la campaña de McGovern?

Lo que ha hecho Nixon, ayudado por Kissinger, ha sido verdaderamente prodigioso. Ha conseguido, sin firmar la paz, que ésta se diera por segura. Los últimos programas televisivos de los candidatos no pudieron ser más expresivos de esta lucha electoral perdida por el aspirante. McGovern dedicó la mayor parte de su tiempo a hablar de los muertos en aquella guerra que no acaba. Nixon se presentó como si la paz

fuera inminente y, por lo tanto, improcedente la posición de McGovern. Día tras día, la prensa ha hablado de esa paz, de tal manera que, aun sin firmarse, ha operado psicológicamente sobre la sociedad norteamericana como si fuera un hecho consumado. Toda la propaganda de McGovern, que tenía en la paz de Vietnam uno de sus principales puntos de apoyo, ha sufrido así un profundo desgaste. McGovern prometía algo que Nixon tenía prácticamente resuelto.

Durante una semana larga, la prensa llenó sus primeras páginas con el anuncio de una paz inminente. Luego, el tema se soslayó. Apenas se dijo que la guerra continuaba, que los bombardeos norteamericanos seguían devastando las tierras de Vietnam del Norte, que el envío de aviones y material de guerra a Vietnam del Sur se multiplicaba. Tampoco aparecieron en la televisión imágenes de aquella guerra. La «paz con honor» estaba hecha y McGovern era un charlatán, dispuesto a una serie de concesiones que Nixon no había necesitado hacer. La vuelta de los prisioneros era cosa de días y convenía ir pensando en el tratamiento psiquiátrico que restituiría la conciencia americana a quienes debían tenerla maltrecha por su cautiverio vietnamita. La radio comentaba esta vuelta «inminente» el mismo día de las elecciones...

He hablado con algunos trabajadores. Ninguno estaba dispuesto a defender a McGovern. «Su hombre era Muskie, y el gran error del Partido Demócrata había sido prescindir de él. Con Muskie, los demócratas no hubieran conocido la amargura de ver a

tantos obreros votando por el candidato republicano. Muskie había sido eliminado a través de una calumniosa campaña, en la que no faltaron algunas cartas falsificadas. La habilidad de los republicanos había sido, me dicen, apartar a Muskie y facilitar el «ascenso» de McGovern, un rival decididamente más cómodo para Nixon.

Viene luego el recuento de los errores de McGovern, lo que se juzga su debilidad, su inconsistencia. Empiezan las acusaciones con su destitución del primer candidato a la vicepresidencia. Había «razones médicas» para ello, pero sobre todo los jóvenes piensan que McGovern debió sostener a su compañero en lugar de condenarlo. Tampoco la entrada de Shriver —bien relacionado con la vieja guardia del Partido Demócrata, enfrentada con McGovern— parece muy clara, porque se trata de un católico que obligó a cambiar sobre la marcha algunos puntos del programa inicial. Me hablan concretamente del derecho al aborto, defendido por McGovern —ahora existe en algunos Estados, como es el caso de Nueva York— hasta que aceptó a Shriver como vicepresidente.

También en otros puntos la posición de McGovern parece haberse reblandecido. Es seguro que se debe a un intento de ganarse a la clase media y romper esa identificación —jaleada por los republicanos— que se había hecho entre él y los sectores más radicales. Ya hemos hablado del temor de la «mayoría silenciosa» a cualquier cambio profundo. McGovern habría tenido que luchar contra una visión «demasiado avanzada» de su programa, en gran parte subrayada por la adhesión de una serie de gente joven, de aspecto marginado. De esta lucha procedería cierta ambigü-

dad que decepcionó a muchos de sus partidarios iniciales, sin ganarle a cambio la confianza de los sectores centristas en cuyo homenaje hizo la maniobra.

Un «spot» televisivo de la campaña de Nixon explotaba este aspecto de McGovern. Tras de sus primeras declaraciones, el rostro del senador giraba como una veleta enloquecida, buscando de modo oportunista los aires de la victoria.

El juicio es quizá injusto, porque McGovern debió, simplemente, querer ensanchar las bases de su programa para aumentar así el número de electores. La base inicial era más clara, pero también más corta. Su maniobra era lógica, pero le ha valido, tras la derrota, no ser recordado con los honores que, hace cuatro años, ganó el profesor McCarthy. Aquel perdió en loor de claridad. A McGovern, que no quería repetir la historia, muchos le reprochan ahora el no haber sido un McCarthy.

Frente a la intensidad de la campaña de McGovern, frente a sus declaraciones no siempre claras, Nixon se ha caracterizado por su silencio. Ha sido un silencio sabio, que le ha impedido equivocarse y complicar su imagen. Sus bazas han sido sus actos de gobierno, con la visita a Pekín y a Moscú en primer lugar, además de las gestiones de Kissinger en París y Saigón. El disparo contra Wallace y la descalificación del primer candidato a la vicepresidencia del «ticket» demócrata han sido dos acontecimientos espléndidamente aprovechados; el primero, porque puso en sus manos una serie de votantes; el segundo, porque aumentó la confusión del Partido Demócrata.

¿Y Ted Kennedy? El hombre ha hecho algunas apariciones, justo al final de la campaña, apoyando la candidatura del Partido Demócrata, y se ha retirado de la escena. Su oportunidad no era ésta y ha evitado cualquier desgaste innecesario. Su hora sonará dentro de cuatro años, si no hay una bala guardada para otro Kennedy. El será el «heredero» de su hermano John y el líder de esa juventud que ha votado por los demócratas en las dos elecciones de Nixon. Tendrá enfrente, posiblemente, a Agnew que, aun cuando ahora empieza a cambiar las maneras, esta ya definido como irascible conservador. Kennedy no tendrá que luchar contra el «magnetismo» y el poder —¿y hay algo que impresione más a un norteamericano medio y que la imagen

UN MARTES EN NUEVA YORK

de la seguridad y de la fuerza?—del Presidente, y podrá, conservando todas las fuerzas de su «herencia», conseguir el apoyo de muchos sectores disidentes del Partido Demócrata que ahora han votado a Nixon. ¿No hemos visto al «liberal» Sammy Davis, estrella un día del kennedyano «clan» Sinatra, recomendar el voto a Nixon? ¿No supondrá la presencia de Kennedy la nueva unión del Partido?

Dentro de cuatro años la historia de la muchacha ahogada volverá a ser contada con minuciosidad. Pero es seguro que Edward Kennedy será bastante menos vulnerable por ella que en la actualidad. La aventura de McGovern-Shriver cobra así el aire de un prólogo al retorno de los Kennedy y al lenguaje de la Nueva Frontera.

Mediodía. La gente acude silenciosamente a los colegios electorales. A unos diez metros de la puerta, en una y otra dirección, hay sendos carteles que prohíben la propaganda en aquel espacio. Las colas son cortas y el voto se emite ante unas máquinas que envuelven al votante con una cortina de terciopelo. Parece que se están fotografiando.

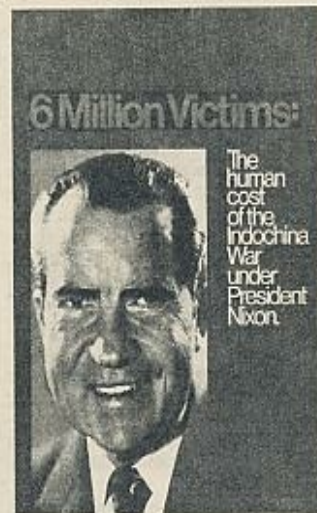
Delegados de los partidos suelen anotar, con independencia del censo oficial, el nombre de los votantes. Luego, en los ficheros de cada zona, repasan los nombres de aquellos vecinos con cuya adhesión se contaba; a media tarde, horas antes del cierre de los colegios electorales, llaman o visitan a los que no votaron para intentar impedir las abstenciones de los partidarios. Todo se controla y registra hasta los últimos extremos.

Por eso el hecho concreto de las elecciones es poco apasionante. En cada centro de McGovern empezaron la jornada con el mismo gesto triste que se mantuvo hasta el final. No había márgenes para la sorpresa.

El hecho de que haya salido el sol parece que es bueno para los demócratas. La gente de buena posición va con su coche hasta el centro electoral que le corresponde, y ni el frío, ni la lluvia, ni la misma nieve son obstáculos importantes. Para la gente pobre, en cambio, un día infernal es un día sin voto.

Con un coche me he ido a Harlem. He seguido por la Park Avenue y al cruzar la calle 96, sin transición, he pasado de una zona elegante al agrio mundo de los portorriqueños y los negros. Cruzaba las calles con las ventanillas cerradas, procurando no mirar a

nadie de frente. Pesaba todo el condicionamiento psicológico y la estadística diaria que tienen la violencia de Harlem como gran protagonista. Casas bien conocidas gracias al cine, con su pequeña escalera y sus habitantes en el porche. Suciedad. Anuncios de tabaco o de licor, con negros o portorriqueños como modelos. Rostros silenciosos. Casas ruinosas. Una mercería con el nombre del Sagrado Corazón. Tenderetes de discos y pelucas. El famoso Apolo, con su programa de cantantes y de músicos negros. Un mercado aprovechando los bajos del puente por donde pasa un estruendoso ferrocarril. Ninguna propaganda de las elecciones...



Portada de un folleto anti-Nixon, editado por la «Indochina Peace Campaign».

Oímos de pronto un altavoz. Vagamente escuchamos la palabra «cautivos». Debe ser, pensamos, alguna arenga política. Quizá una arenga revolucionaria. Nos acercamos. El coche está sólo y nadie presta atención a lo que sale de sus altavoces. Se habla, sí, de «miseria» y de «hambre». También de los poderes satánicos que las producen y de la necesidad de recurrir a Cristo para destruir estos poderes. Muy cerca del coche, con la mercancía en el suelo, hay un vendedor de ingenuas imágenes religiosas de yeso. Casi en la esquina, una iglesia cristiana: «La Voz que clama en el desierto».

El altavoz sigue predicando la lucha contra Satanás para salir de la pobreza. No parece que haya en Harlem otro orador político en este 7 de noviembre del año de gracia de 1972. Negros fantásticamente vestidos pasan cerca de otros harapientos. Las rejas que protegen los escaparates nos recuerdan la violencia del medio en que nos movemos.



¿Y Ted Kennedy? Dentro de cuatro años, la historia de la muchacha ahogada volverá a ser contada con minuciosidad. Pero es seguro que el superviviente de los Kennedy será bastante menos vulnerable por ella que en la actualidad.

Musulmanes negros. La Quinta Avenida. A esta altura, miseria, suciedad y poderes satánicos. Siguiendo por ella, a muchas manzanas de distancia, se llega al gran centro comercial de Nueva York, el mismo donde McGovern, en la mañana del día 6, lunes, se burló de las profecías de Gallup y declaró que sería vencedor.

¿Y qué les importa a los de Harlem? ¿O les importará más de lo que ellos creen?

Grandes sábanas en los balcones de una casa de Harlem. Es en la zona portorriqueña y las telas están llenas de frases pintadas con letras negras. ¿Será, al fin, un eco de las elecciones? ¿De qué hablarán esas banderas? Lo dicen muy claro, en castellano. «Huelga». «No pagaremos el alquiler». «Queremos mejor servicio». De eso se trata. Por cosas así de concretas luchan unas gentes que difícilmente entenderán a McGovern.

Bajo del coche. Hablo con un muchacho que anda cerca de la casa en huelga. Le pregunto si le interesan las elecciones. Le importan las de Puerto Rico, donde luchan tres fuerzas: la que quiere hacer de la isla el 51 Estado de la Unión, la que concibe la isla como un Estado libre asociado y, con menos vigor, la que aspira a la independencia total de Puerto Rico. Por la noche sabré que ha ganado el representante de la segunda tendencia, derrotando a quien estaba en el poder defendiendo la posibilidad de que Puerto Rico fuera un nuevo Estado de esta inmensa nación.

¿Y la Universidad? ¿Se ha repetido con McGovern el entusiasmo que un día despertó McCarthy? ¿No era éste el sector electoral más cuidado por el candidato demócrata?

De esto hablo con los estudiantes de un colegio universitario de Nueva York. Todos llevan en las solapas su adhesión a McGovern, pero aceptan en seguida que este año la Universidad no respondió como en ocasiones anteriores. ¿Por qué? El temor a ir como soldados a Vietnam era la motivación fundamental del radicalismo político de muchos estudiantes y Nixon ha debilitado ese ar-

gumento. El número de norteamericanos que intervienen en aquella guerra es sensiblemente menor, la paz se da por hecha —ahí está la portada del «Newsweek» con el «God-bye Vietnam» pintado en el casco de un soldado— y el servicio militar ha dejado de ser una obligación general para afectar sólo a la parte que el sorteo determina. Las escenas de quema de cartillas militares y evasión de prófugos han dejado de ser habituales. La Universidad ha sufrido, en fin, un proceso de despolitización paralelo a la «degradación de la guerra de Vietnam, contemplada por muchos únicamente como una amenaza personal».

El que los aviones sigan arrojando bombas sobre los vietnamitas ya no preocupa a un sector que, tiempo atrás, ante la posibilidad de ser enrolado en aquella guerra, agitaba desesperadamente la causa de la paz.

A partir de media tarde, mucha gente se ha quedado en casa oyendo la radio o ante el televisor. La diferencia horaria entre costa y costa es grande y en Nueva York han tenido que esperar a media noche para saber los resultados definitivos. Alrededor de las nueve, sin embargo, todo estaba sentenciado y se hablaba ya de los mensajes de gratitud de Nixon a sus colaboradores y de las promesas de McGovern de seguir luchando en el futuro. En los centros del Partido Demócrata la tarde había sido triste y era fácil descubrir rostros fatigados y llorosos, sobre todo entre la gente mayor, para la que cuatro años no significan lo mismo que para los más jóvenes.

En los centros nixonianos todo había sido distinto. Su cotillón de la victoria estaba preparado con la seguridad de quien sabe que habrá de celebrarse. Orquestas, parejas de la alta clase media, sombreros de paja con los nombres de Nixon y Agnew, pastas y café sobre las mesas.

«La presidencia está servida». Los millones de emblemas que eran horas antes gritos de esperanza, los millones de folletos que eran voces de protesta, son ya chatarra y letra muerta, el recuerdo de la última batalla perdida por las fuerzas liberales del país.

¿Pero no será todo esto una mascarada? ¿Será cierto que la elección de Presidente supone una verdadera alternativa política? O se tratará de movimientos superficiales encaminados a afianzar el sistema? ¿No están prefigurados los resultados por una serie de mecanismos que orientan la opinión pública de acuerdo con los intereses de los poderosos?

A nuestro Cánovas del Castillo le parecía que un verdadero sufragio universal acabaría por traer el socialismo, dado que el voto de los más pobres provocaría el reajuste del nivel económico y la desaparición de las grandes diferencias. En USA, donde millones de negros, de portorriqueños y de chicanos viven aún en verdaderos «ghettos», no parece que la profecía de Cánovas pueda cumplirse. Justamente ha ganado por amplia mayoría, apoyado por muchos sindicatos, el Presidente que frena los presupuestos de educación y los destinados a mejorar la condición social de los más pobres.

¿Tendrán razón los que, como Julian Beck, predicán la abstención? ¿Será ese un modo de «no hacer el juego» a un sistema que no logra resolver, en el orden nacional e internacional, el problema de su violencia? Pero, se quiera o no, la alternativa era Nixon o McGovern, y una serie de soluciones concretas e inmediatas estaban ligadas al desenlace de las elecciones. ¿Quiénes han perdido la vida al ganar Nixon? ¿Quiénes la hubieran perdido de ganar McGovern?

La alienación de los sectores segregados —cómo se entienden desde aquí la soledad y la desesperación de los líderes del Black Power!—, la ignorancia que millones de norteamericanos tienen acerca de la proyección internacional de su política, el alto nivel general de consumo, la conciencia mitológica de pertenecer al país más poderoso y más libre de la Tierra, el nacionalismo de las clases populares, crean una dinámica contra la que no parece que la abstención tenga sentido.

Por lo demás, los caminos de la abstención están llenos de peligros. Porque parece que debe ser bastante fácil pasar de la abstención activa del gran director del Living a esa marginación, auxiliada por la droga, llena de falsa poesía, en que se han metido tantos muchachos que declaran perdida la lucha antes de iniciarla. ¿Será esa una forma de votar? Es, en todo caso, una de las alternativas vivenciales con que responde una parte de la sociedad norteamericana. El problema quizá estaría en saber si nos hallamos ante una manifestación exasperada de cansancio, ante una corrección anárquica de tanto aburrimiento, tanta impotencia, tanto dogma y tanta injusticia universal, o si se trata de simple infantilismo.

¿Pero quién se atreve a la menor generalización en este terreno?

En todo caso, la era Nixon-Agnew continúa, aunque en este martes de noviembre la ciudad de Nueva York se haya pronunciado por McGovern.

Al pueblo pido licencia,
al pueblo pido atención;
pues quiero glosar en verso,
lo que exige la ocasión;
que es hoy el verso muy propio
del periodismo español.

Viene el otoño rimado
y no parece sino
que se haya hecho la métrica
ciencia de la Información.

Hoy Violante señorea
la prensa de la nación,
con endechas y sonetos
y coplas de relumbrón.
Un político en las Cortes
a don Gerardo citó.

Y «el genial pintor», en verso,
agradece un galardón.
Y si tal cosa sucede,
decídme, ¿qué he de hacer yo?

A Sexto Cámara quiero
dedicar mi inspiración,
pues qué buenos pareados
Sixto a mí me dedicó.

Y aquí comienza la copla
que les trae un servidor:
Sabrá el ilustre Senado,
que ha poco, en la Redacción,
se recibió una tarjeta
de elegante confección.

Así decía el aviso:
«El señor embajador
de los Estados Unidos
tiene el gusto y el honor,
pleasure and honor, decía,
de invitar al portador
a asistir el martes siete
al party de la elección».

Una fiesta tan lucida
no la quiero perder, no,
y a las doce de la noche
por la puerta entraba yo.

Del céntrico hotel brillaba
como un ascua el gran salón,
con guirnaldas y banderas
adornado en la ocasión,
que siempre se presentaron
los USA en tecnicolor.

En el centro de la sala
tocaba un conjunto «pop».
La prensa del otro día
hacía una estimación:
más de siete mil personas
pasaron por el salón,
y del personal que había
(esto lo calculé yo),
la mitad era americano,
y la otra mitad, español.
Instalan en el vestíbulo
urnas de consolar.

Por una vez en la vida

silla de pista

ROMANCE DEL «PARTY» DE LA ELECCION

vota el sufrido español.

Pero no sirve de nada,
porque no va en serio, no.
Bien clara está la tendencia,
y la tendencia es que no.
Que aquí, por tender, se tiende
casi siempre a lo peor.
América vota a Richard,
España a George votó,
si puede llamarse España
lo que había en el salón.

Dice un «progre», «Yo no voto
a ninguno de los dos»,
y un demócrata cristiano
de este modo replicó:

«De los dos, al menos malo,
ese es el que elijo yo».
Pero ¡un señor que allí estaba
la conducta le afeó:

«Elija usted una corriente,
pero un candidato, no.
La corriente es lo que corre,
como bien dijo Girón».

Acertó a pasar un ultra,
y de esta manera habló:
«Un no al partido político
y otro no a la asociación».

Pero un hombre ponderado
a todos les corrigió:
«No seamos saduceos,
señores; ni sí ni no.
Ni afirméis ni neguéis nada,
que ese es el mayor error:
pues cosa es del padre Astete
y del Evangelio, no».

Como viles Pulgarcitos,
de un golpe les derribó.
En menos que canta un gallo,
a todos les devoró.

Cuanto a los americanos,

dos grupos en el salón.
El «ABC», al otro día,
de este modo lo expresó:
«Hubo el elemento mugre
y el elemento señor;
junto al torpe desaliño,
el abrigo de visión».

En uno y en otro bando
vi «desaliño» y «visión».
Si el «desaliño» se integra,
no hay peor integración.

Una señorita rubia
apunta en el pizarrón
los votos de los Estados
según llegan al salón.
En las filas liberales
reina gran consternación
viendo al hombre de Dakota
derrotado por K. O.

Algún «progre» está optimista
(no sé bien por qué razón).
Conforme avanza la noche
va apretando la calor.

Se consume whisky a chorros
y también vino español.
Las glamorous muchachitas
aplauden al vencedor.

La gente busca una silla,
se sienta en el escalón.
Se apresura el camarero,
mariposea el lígón,

el periodista se afana,
sonríe el embajador.
A las tres de la mañana
cesa la música «rock».

Entra cantando la Tuna
(no podía faltar, no).
La fiesta ya languidece,
mucha gente se marchó,
una señora bosteza,

duerme un chico en un rincón.
Aplastante es la victoria
y ya no tiene emoción.

Se ven grupos de borrachos
celebrando la ocasión.
Se marchan los liberales
a esperar tiempo mejor.

Quedaba algún masoquista
delante del pizarrón.
Y aquí termina, señores,
este romance tenor.

¡Mucho para un solo día
la suerte nos deparó!
El «fin» del pluriformismo
y el voto conservador.

La conclusión es bien clara
y aquí está la conclusión:
que llovió sobre mojado
la noche de la elección.

LUIS CARANDELL

